

Julio Bocca

La vida en danza

Angeline Montoya

AGUILAR

A Paula y Morgane, mis estrellas.

*A mis padres,
que me lo han dado todo.*

Il y a des êtres mystérieux —toujours les mêmes—
qui se tiennent en sentinelles
à chaque carrefour de notre vie.
Patrick Modiano

*(Existen seres misteriosos —siempre los mismos—
que están como centinelas
en cada encrucijada de nuestras vidas.)*

Índice

Introducción	13
Prólogo	17
Primera parte - Todo empezó como un juego	19
Capítulo 1. ADN de una pasión	21
Capítulo 2. La danza estaba en el aire	33
Capítulo 3. El año de la independencia	63
Capítulo 4. Nadie es profeta en su tierra	83
Capítulo 5. Moscú: <i>veni, vidi, vici</i>	103
Segunda parte - Una pareja mítica	131
Capítulo 6. Un giro de 180°	133
Capítulo 7. Julio Bocca y asociado	143
Capítulo 8. Nueva York <i>loves</i> Julio	155
Capítulo 9. Bienvenida Alessandra, adiós Misha	173
Capítulo 10. El príncipe de Dinamarca	195
Capítulo 11. El sueño del ballet propio	223
Tercera parte - Dos amores	243
Capítulo 12. Danza clásica, pasión de multitudes	245
Capítulo 13. Del dolor y otros demonios	257
Capítulo 14. Zona de turbulencias	275
Capítulo 15. La vuelta al mundo en 180 días	293
Capítulo 16. Hacer escuela	319
Capítulo 17. Crítica, furia y <i>rock and roll</i>	337

Cuarta parte - Un hombre que baila	355
Capítulo 18. El <i>show</i> debe continuar	357
Capítulo 19. El gran salto	373
Epílogo	391
Agradecimientos	395

Introducción

Mi historia con Julio Bocca empezó el 15 de noviembre de 1989. Ese día fui a verlo bailar *El lago de los cisnes*. Tenía quince años y era la primera vez que iba sola al Teatro Colón. Allí, en su mítico escenario, descubrí al que cambiaría mi vida por completo. Mi fascinación fue inmediata. Con él, me volví a enamorar de la danza, mi primera pasión, la que creía era mi vocación. Le escribí una carta de admiración. Me llegó una respuesta: una fotografía autografiada. Claro que por la secretaria de su representante, Lino Patalano. Sin embargo, la conservo como una reliquia. Unas semanas después, decidí entrevistarlo para la revista francesa *Danser*, que yo recibía todos los meses en Buenos Aires, donde vivía con mis padres. Mi meta era que se hablara de él en Francia y que la gente tuviera ganas de verlo bailar. Pregunté a mi profesora de danza, Gabriela Pucci, si tenía algún contacto con Bocca. Me dio el teléfono de la oficina de Patalano.

Llamé. Me presenté como corresponsal de *Danser*. Solicité una entrevista con Julio Bocca porque “mi” revista quería publicar una nota sobre él. Argumentaron que Julio estaba en Nueva York, pero que volviera a llamar en dos meses. Cumplido ese plazo, volví a llamar. Sí, Julio había estado, pero ya se había ido. Tenía que volver a intentar en un mes. Lo hice. Así y todo, pasaron las semanas. Llamaba casi todos los días, a veces desde el colegio.

Un día me encontré con Lino Patalano en el Teatro Colón. Me miró de arriba abajo, con desconfianza, y me dijo: “Decime

la verdad: vos no sos periodista”. Claro, tenía quince años, y se notaba. Me defendí como una fiera: por supuesto que lo era. Me dijo que *Danser* ya había publicado una entrevista a Julio. Ahí me di cuenta de que a él tampoco le costaba mentir: recibía la revista todos los meses desde hacía tres años y nunca habían sacado nada sobre Bocca. Le contesté que *Danser* me había pedido expresamente esa entrevista. Por supuesto, y con toda la razón del mundo, no me creyó.

Pero no me desanimé y seguí llamando todos los días. Yo me había hecho una promesa: si finalmente conseguía la nota y ésta se publicaba en la revista, no pediría un centavo por mi trabajo. Mi meta no era ganar dinero, sino difundir a Julio en Francia. De manera un tanto ridícula, me sentía encargada de una misión. No descansaría hasta cumplirla.

Terminó el año 1990, sin éxito. Después de las vacaciones de verano, en marzo de 1991, volví a insistir. Cansados de mi constancia, me invitaron a una conferencia de prensa en la casa de Patalano. Era el 12 de abril, día de San Julio. Llevé las preguntas preparadas un año y medio antes, papel y lápiz, y fui a San Telmo con mis padres. Más que una conferencia de prensa formal, se trataba de una recepción durante la cual Julio hablaba personalmente con los periodistas. Allí pude, por fin, entrevistar a Julio Bocca. Hablamos durante veinte minutos. Bebía sus palabras, tratando de recordarlas textualmente: paralizada por la emoción, fui incapaz de tomar nota.

Rápidamente, mandé la entrevista a la revista *Danser*. Expliqué con lujo de detalles al redactor jefe, Jean Claude Dienis, cuán arduo me había resultado conseguir ese reportaje. Yo había cumplido. Ahora todo estaba en manos de los responsables de la revista.

Tres meses después, en julio de 1991, recibí un sobre con el ejemplar de ese mes, acompañado de una carta. “Aquí le mando la revista con el reportaje que usted ha tenido la pugnacidad de realizar”, me escribía Dienis. “Creo que se trata de su primera nota. Pida como deseo convertirse algún día en periodista.”

Pocos días después, Julio bailaba en el Colón. Allí fui con mi revista, y esperé a Patalano en la salida de los artistas de la

calle Cerrito, antes de la representación. Me vio con la revista, me la sacó de las manos, la abrió y me preguntó: “¿Te pagaron por esa nota?”. Le expliqué mi promesa de no cobrar nada. “Muy mal”, me respondió. “Si no cobrás, quedás como *amateur*.” Patalano me brindó una de mis primeras lecciones de periodismo profesional.

Durante todos esos meses, me había surgido una nueva idea: escribir su biografía. Claro que yo tenía dieciséis años, y él veintitrés. Sin embargo, sentía nuevamente que no tendría paz hasta conseguirlo. Junto a mi mejor amiga, Paula Bajczman, soñaba con seguir sus pasos, estudiar la historia de su vida, consagrarme a su persona durante meses. Ella me alentaba. Creía en ese proyecto delirante. Entendía por qué quería dedicar parte de mi vida a la historia de la de Bocca. Guardé esa idea en un cajoncito de mi mente, y fue la que ha guiado todos mis pasos y todas mis decisiones desde entonces, acaso sin que me diera cuenta de ello.

Para finales del año 1999, radicada en Montevideo, donde trabajaba como periodista para la Agencia France Presse, soñaba con festejar el paso al año 2000 con todo. Primero se habló de una megafiesta pública en el Obelisco. Pero el proyecto abortó y finalmente, no había nada previsto en Buenos Aires: la fiesta sería en Ushuaia, donde Julio Bocca y Eleonora Cassano bailarían en un gigantesco escenario al aire libre sobre el canal de Beagle. A pesar de mis ganas de que la última imagen que tuviera de los años 1900 fuera la de Julio, no viajé a Ushuaia.

Al día siguiente, miré el video de los festejos y lamenté mucho no haber ido. Me di cuenta de que mi arribo al 2000 no había sido nada excepcional. A modo de desquite por esa frustración, decidí hacer algo para que el año sí lo fuera. Recordé qué era lo que más deseaba, cuál había sido el sueño de mi vida. Y era, claramente, escribir la biografía de Julio Bocca.

Pocos días después, el 14 de enero de 2000, le escribí una carta en la que le expresaba mi deseo de escribir una biografía “seria, documentada, completa, totalmente objetiva” con el propósito de “contemplar todos los aspectos de [su] personalidad, sean malos o buenos, pues cualquier ser humano los tiene”. Julio me citó en Punta del Este. El 22 de enero, me reuní con él

en el hotel Conrad. Su respuesta fue simple: “Es interesante”. Y desde entonces, ha dejado que yo investigara.

Aquí está el resultado de una labor sesenta meses rigurosa y absolutamente objetiva de por parte de una profesional que ha procurado hacer la diferencia entre el artista al que admira y el objeto de su investigación periodística.

En todo momento, he tenido en mente una frase del fundador del diario francés *Le Monde*, Hubert Beuve-Méry: “La objetividad no existe. Sólo puede haber una subjetividad desinteresada”.

Mi amiga Paula no pudo ver la concreción de mi sueño, pero me ha acompañado a lo largo de estos últimos siete años en mis recuerdos y a través de mi trabajo. Hoy dedico este libro a su memoria y a la de todos mis seres queridos que se han marchado demasiado temprano.

ADVERTENCIA: todos los testimonios en los que no se indican referencias específicas a una publicación en nota al pie de página provienen de entrevistas de la autora.

Prólogo

El 26 de junio de 1985, el mundo del ballet bendecía entusiasmado a un joven prodigio de dieciocho años en el ilustre Teatro Bolshoi. Un muchacho tímido y algo torpe recibía la medalla de oro del Concurso Internacional de Moscú, uno de los más prestigiosos certámenes de danza. Bajo el estruendo de los aplausos, un público exquisitamente experto entendió que Julio Bocca poseía las condiciones para convertirse en una de las mayores estrellas del ballet del siglo XX. Y lo hizo de inmediato, tras sólo doce días de competición, y allí mismo, en la tierra que vio brillar a “dioses” de la danza como Rudolf Nureyev y Vaslav Nijinsky.

Los aplausos duraron más de quince minutos, durante los cuales el bailarín, abrumado y no totalmente consciente de lo que sucedía, permaneció de pie, con su medalla en la mano, balbuceando unas pocas palabras de agradecimiento. Cada vez que regresaba a su asiento en el escenario, el público exigía, con gritos y bravos, un último saludo. El muchacho debía entonces levantarse otra vez y acceder al pedido de la exaltada audiencia, inclinándose con una leve sonrisa que no lograba disimular su emoción. Entre el público, figuras de la talla de Maya Plisetskaya o Vladimir Vassiliev observaban, asombrados, cómo ese joven, completamente desconocido hasta entonces, se había convertido en cuestión de días en el nuevo fenómeno del ballet.

Su éxito era tanto más rotundo cuanto que había competido con bailarines ya consagrados y venía de una Argentina cuyo ballet se encontraba en plena decadencia. La perfección depurada

de Bocca, su presencia en el escenario, su descomunal capacidad de salto y de giro, presagiaban que el bailarín argentino llevaría la danza a un estadio superior de excelstitud y perfección, al que sólo se habían aproximado el extravagante y carismático Nureyev o el revolucionario y precursor Nijinsky.

PRIMERA PARTE

**Todo empezó
como un juego**

Capítulo 1

ADN de una pasión

Julio Adrián Bocca nació sin padre, el 6 de marzo de 1967, en la localidad de Carapachay, en las afueras de Buenos Aires. Su madre, Nancy Bocca, fue quien lo anotó en el registro civil. En el espacio destinado al nombre del progenitor colocó una simple raya. Nancy se había enamorado de José Fernández, el padre de Julio, durante el proceso de divorcio de su primer marido, José Furon. Fernández era un vecino del barrio de Munro —donde vivía la familia Bocca— que solía acompañar a Nancy en automóvil para hacer los trámites de la separación conyugal. “Teníamos que hacer una serie de viajes, y al único que conocíamos en el barrio que pudiera manejar era él. Lo conocía de antes, pero ahí tomamos más contacto”, cuenta Nancy.

Cuando quedó embarazada, hacía tres años que Nancy y José Fernández mantenían una relación amorosa. La situación no era fácil: Fernández tenía otra familia e hijos grandes, y el vínculo con Nancy no era formal. No convivían y si bien la sociedad argentina de finales de la década de los sesenta no era ya tan conservadora, tampoco estaba bien visto que una mujer divorciada estuviera embarazada de su amante. En el barrio, “todo el vecindario sabía que la relación de este señor con la madre de Julio no era normal”,¹ cuenta una vecina. Sin embargo, Nancy decidió tener al bebé. El padre, por su parte, se esfumó al nacer el niño,

1. Braceli, Rodolfo, *Yo, Príncipe y Mendigo*, Buenos Aires, Atlántida, 1995, pág. 24.

aunque reapareció varios meses después, cuando Julio ya caminaba. El día del parto, Nancy dio sus clases de danza en el estudio que había montado en su casa hasta las seis y media de la tarde. Cuando comenzaron las contracciones, fue sola en taxi hasta la casa de la partera y a las 22:15 dio a luz a un robusto y saludable varón que pesó tres kilos setecientos gramos.

Nancy, que ambicionaba para su hijo un porvenir lleno de gloria, había decidido llamarlo Julio César Adrián, en alusión a los dos emperadores romanos. Pero en el momento de inscribirlo, la funcionaria consideró que tres nombres era un exceso. Nancy no se resignaba a elegir cuál eliminar y propuso a la mujer que descartara un nombre al azar. Quitó César y anotó, con una letra regular: “Julio Adrián”.

Cuando José Fernández volvió a aparecer, Nancy se negó a que reconociera al niño: “Cuando uno no quiere algo desde un principio, es que en el fondo no lo quiere de verdad”, considera. También temía un escándalo con la familia legal de José y prefirió no alterar el *statu quo*.

La versión oficial ofrecida en su autobiografía indica que Julio nunca conoció a su padre. Sin embargo, Nancy mantuvo una relación regular con el genitor de su hijo hasta su muerte ocurrida en 1973: el niño tenía seis años.

Julio afirma haber vivido durante un año con la madre de su abuela materna Teresa, para evitar las murmuraciones del barrio, hasta que su abuelo Nando vino a buscarlo, indiferente a las habladurías. La versión dada por Nancy es otra: la bisabuela de Julio vivía entonces en Carapachay, a pocas cuadras de la casa de la partera. “Al día siguiente, en vez de irme para Munro, me fui a lo de mi abuela: la tenía al lado. Y ahí estuve unos días, hasta que volví para Munro”, explica.

Lo poco que se sabe de José Fernández es que era un hombre treinta años mayor que Nancy. “Era un señor muy bien puesto, muy buen mozo, elegante diría, y con bastante cultura”,² recuerda la vecina. Teresa Repetto de Bocca traza un retrato mu-

2. Ídem.

cho menos halagador: “No lo voy a negar, tenía su buen porte, [pero] fue un sinvergüenza que convirtió nuestra casa en un infierno”.³ Después de jubilarse de su trabajo en la aduana, se dedicó a manejar ómnibus escolares. Nancy y Julio solían viajar con él. De hecho, el único recuerdo que Julio dice tener de su padre es la de un hombre corpulento vestido con un pulóver azul que conducía un autobús.

El hecho de que José Fernández no viviera con Nancy y que se vieran sólo de forma esporádica explica por qué Julio no guarda un recuerdo más nítido de su padre. En 1972, cuando el niño tenía sólo cinco años, José fue internado por un problema de presión. A partir de ese momento, Julio no lo vio más: “Yo lo llevaba”, cuenta Nancy, “pero a su edad, no podía entrar a los hospitales”. José no abandonó el nosocomio hasta su muerte, un año más tarde. La madre de Julio le cuidó hasta el final.

Después de la muerte de José Fernández, Nancy rehizo su vida sentimental con su antiguo profesor de folclore en la Escuela Nacional de Danzas (END): José Abelardo Lojo Vidal (el tercer José de su vida), cofundador de la END, un hombre apasionado por las tradiciones gauchas que la inició en los secretos de las zambas y el malambo. Vidal estaba profundamente enamorado de Nancy. Incluso después de jubilarse en 1984, iba a buscarla a la Escuela con un ramo de flores en la mano. Se sentaba en la entrada del edificio y la esperaba durante horas. Decidieron ir a vivir juntos en 1974 —aunque se casaron sólo dieciséis años después— y en 1975 nació su hija Nancy. Durante treinta años, compartieron su amor por la danza y, más específicamente, por el folclore argentino.

José Lojo solía presentarse como el papá de Julio, al que adoptó cuando tenía catorce años; lo mismo hizo con Rubén Oscar, el hijo mayor de Nancy, para que todos se sintieran parte de una misma familia. Una decisión unilateral que desagradó a un adolescente que todavía buscaba sus raíces, intentaba definir su personalidad y se consideraba lo suficientemente grande como

3. *Ibíd.*, pág. 23.

para que lo consultaran antes de tomar una decisión de tamaña trascendencia. Un día, su madre le trajo simplemente su nuevo documento de identidad con su nuevo nombre: Julio Adrián Lojo Bocca. “Lo sentí como una imposición, no me gustó que no me hubieran consultado, que no me hubieran hablado”, recuerda.

Nunca aceptó totalmente su nuevo nombre y no dejó de presentarse como Julio Bocca, el apellido del abuelo materno, quien asumió el papel de figura paterna e imagen masculina durante su infancia.

José Fernández marcó para siempre la vida de Julio Bocca. O, más exactamente, fue su ausencia la que lo consumió. En realidad, Julio se enteró siendo ya adulto de que su padre no lo había reconocido. Hasta ese momento, su familia hizo todo lo posible por ocultarle la verdad, sumiéndolo en una gran confusión. Le contaban, sin entrar en detalles, que su padre había muerto cuando era un niño. Obsesionado con el tema, el chico de siete u ocho años hacía la misma pregunta, una y otra vez, a Teresa Ferreyra, la auxiliar de la Escuela de Danzas: “Teresa, ¿sus hijos tienen padre?”. Borró por completo de su memoria casi cualquier recuerdo anterior a sus seis años.

El hecho de que durante largos años desconociera la verdad sobre su padre biológico seguramente no fue beneficioso durante el período de conformación de su personalidad. La versión de que su padre había muerto durante su niñez, omitiendo el dato de que no lo había reconocido, contuvo su curiosidad durante bastante tiempo. Hasta que, en su juventud, la fantasía de que todavía estuviera vivo empezó a obsesionarlo al punto de que se enemistó con toda su familia, convencido de que le habían ocultado la verdad: de hecho, llegó a pensar que su padrastro, José Lojo, era en realidad su padre biológico. Nancy tuvo que solicitar la partida de defunción de José Fernández y mostrársela para convencerlo de la muerte de su padre. Y Julio se desplazó hasta el cementerio de Chacarita para ver su tumba. “Quiero saber quién es mi papá”, repetía hasta el cansancio. Pero sólo recibía respuestas contradictorias.

En 1985, después de ganar la medalla de oro en el Concurso de Moscú, la herida aún no había cicatrizado, y fue en esa época cuando se figuró que su padre no había fallecido. En las primeras notas que le dedicaron a la incipiente estrella, Lojo, que se presentaba como su padre, explicaba que Julio simplemente había escogido el apellido materno.⁴ Más tarde, otra versión, más próxima a la realidad aunque todavía incompleta, indicaba que su padre había fallecido y que su padrastro lo había adoptado.⁵ Esta explicación, que omitía el detalle del no reconocimiento, fue la que imperó durante muchos años en las entrevistas que Julio daba a los medios, sencillamente porque desconocía la verdad. En 1993, Nancy atribuyó el hecho de que Julio usara su apellido de soltera a no haber realizado “con el padre de Julio los arreglos necesarios”.⁶ Julio, precisaba, “siempre supo que José [Lojo] no era su papá biológico pero lo llamó siempre ‘papá’”.⁷ Y para corroborarlo, suele enseñar una agenda de Julio en la que había anotado las fechas de cumpleaños de sus seres queridos y en la que figuraba la palabra ‘Pa’ el día del cumpleaños de Lojo. “Mi madre cuenta que en los primeros años me llevaba bien con mi padrastro, pero yo no me acuerdo. Siempre lo respeté porque ella estaba contenta, se la veía feliz con él, pero siempre hubo una distancia y nunca lo llamé ‘papá’”, refuta Julio. “Le decía ‘José’ o ‘mi padrastro’. Siempre fui cortante con eso”.

Cuando se enteró de la verdad, Julio estaba tan molesto con el tema y con que su familia le hubiera mentido durante tanto tiempo, que sus declaraciones a la prensa se volvieron un tanto descabelladas: por ejemplo, en 1991, sin la menor vacilación, sostuvo ante una crítica de danza norteamericana que su padre había sido un gitano. “De ahí te viene tu musicalidad”,⁸ interpretó la periodista. Fue solamente a partir de la publicación de

4. *La Nación*, Buenos Aires, 27 de junio de 1985.

5. *First*, Buenos Aires, octubre de 1987.

6. *Caras*, Buenos Aires, 1° de julio de 1993.

7. *Ídem*.

8. *Interview*, Nueva York, febrero de 1991.

su autobiografía —lanzada cuando Julio tenía 28 años— y en un intento por aclarar la verdad malversada, cuando Julio logró empezar a serenarse con el tema.

La historia de Julio empieza mucho antes de su propio nacimiento, en la provincia piamontesa de Alessandria, en el norte de Italia, de donde son oriundos sus abuelos maternos, Fernando Bocca y Teresa Repetto. Y de su padre, aquel que no figura en su partida de nacimiento, Julio no quiere saber nada: siempre se ha empeñado en borrarlo de su genealogía. “No lo extraño porque nunca lo tuve”,⁹ dice. Su nombre es Julio Bocca. Con ese apellido destacó como una promesa de la danza en Moscú. Con ese apellido ha figurado siempre en los programas de las compañías que lo contrataron.

Las vidas de Fernando y Teresa reflejan la realidad argentina de finales del siglo XIX y principios del XX: pobreza, inmigración, desarraigo y promesas de un futuro mejor. En el pueblo piamontés de Quattrocascine, Nando, como otras decenas de miles de italianos, tuvo que tomar la decisión de abandonar su país, su familia y sus amigos para tentar la gran aventura americana. Hijo de Pietro Bocca, el herrero del pueblo, y de Rosa Bogliolo, Fernando, al que cariñosamente llamaban Nando, nació el 18 de septiembre de 1907 y era el penúltimo hijo de una familia de siete hermanos. Todos los hijos nacieron en la casa familiar blanca de tejas rojas, en cuya parte delantera Pietro había instalado su taller.

El bisabuelo de Julio integraba el Consejo de Administración de la Sociedad de Socorro Mutuo de Quattrocascine. El seductor Nando, que como su padre apreciaba el vino y el baile, se destacaba como uno de los mejores bailarines de la región. Además, era un incansable trabajador: fue electricista, telefonista, albañil, trabajó en el campo. No descartaba ningún oficio. En 1930, inició la restauración del campanario de la

9. *Gente*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1996.

iglesia del pueblo y de la sede de la *Società de Mutuo Soccorso*, donde pintó cuatro medallones que representan a músicos famosos y que aún hoy decoran la pared de la sala principal. Una afición heredada de su familia, en la que se entonaban óperas durante las comidas y las festividades. Nando, un muchacho fornido, alto e hiperactivo, parecía más dado al deporte que al arte. Pero también cantaba cuando trabajaba en el campo, encaramado a la escalera para pintar los retratos de los músicos o en el campanario.

No terminó las obras de refacción de la iglesia: su mísero sueldo, el desempleo y las difíciles condiciones de vida lo convencieron a él y a tres hermanos de la necesidad de abandonar el pueblo y armar una nueva vida en la distante Argentina. Pese a ello, no olvidó sus orígenes y con regularidad envió dinero a Quattrocascine para que se terminara el campanario.

Nando y sus hermanos llegaron a Buenos Aires en los últimos días de 1930. El cambio era drástico: venían de un pueblo de trescientos habitantes y desembarcaron en una megápolis habitada por tres millones de personas. Mientras Emilio y Paola se instalaban en Bahía Blanca, en el sur de la provincia de Buenos Aires, Nando y Serafino abrían una herrería en Florida, en las afueras de la Capital. Sus primeras salidas fueron al Teatro Colón, para asistir a funciones de ópera y ballet. Uno de sus contactos iniciales con la danza clásica fue a través de Enrique Lommi, un joven de 17 años que había venido de Italia con su familia y quería estudiar ballet. Contrariamente a las burlas del resto de la gente, Nando lo alentaba en el camino de la danza. “Vos seguí, no le hagas caso a nadie”, le aconsejaba.*

Por supuesto, también reanudó de inmediato la costumbre de ir a bailar. Cinco años después de su arribo, en una fiesta del barrio, conoció a una joven cuya familia también venía de la región de Alessandria, en el Piamonte italiano. Teresa Josefa Repetto no bailaba, pero solía asistir a los carnavales del Club

* Enrique Lommi, que sería luego una de las estrellas más importantes del cuerpo de baile del Teatro Colón, se ha negado a confirmar o desmentir la anécdota.

Vecinal de Munro, no muy lejos de Florida. Ese hombre corpulento, atractivo y de buenos sentimientos, la sedujo de inmediato.

Ella había nacido en Olivos, en la provincia de Buenos Aires, el 4 de diciembre de 1916. Sus padres, Juan Bautista Repetto y Rosa Nuncia Marchetti, habían venido de Italia durante la Primera Guerra Mundial. Rosa Nuncia provenía de una familia adinerada, pero al morir su madre, el dinero “se empezó a mudar de un pariente a otro” y se esfumó. “Mi mamá no tenía mucho estudio, pero era muy inteligente. Aprendió a leer y escribir sola”, cuenta Teresa. En Italia, antes de casarse, Rosa Nuncia era dama de compañía de una joven que estudiaba canto en Milán.

Teresa y sus cinco hermanos nacieron en Argentina. Sus primeros años de vida estuvieron marcados por la pobreza. La familia vivía en Munro, en una de las tantas quintas que se sucedían en medio del campo. Juan Bautista Repetto era el encargado de la explotación de frutas. “Todos los días”, cuenta su hija Teresa, “venía gente a pedir limosna. Entonces mi papá iba al centro, una vez por semana, a llevar mercadería con carro y caballo a la confitería del Molino. En la confitería, le entregaban en una bolsa todas las cosas que sobraban. Lo bueno, lo separaba para los pobres y lo otro, para los animales que se criaban en la quinta. Luego pasaba la gente y mi mamá les daba a todos su paquetito de comida y mate cocido”. Teresa trabajó desde chica para colaborar con la economía de la casa. Se inició como modista, confeccionando vestidos de novia, y continuó con ese oficio hasta después de jubilarse, cuando siguió cosiendo trajes de ballet.

De esa joven de apenas 18 años, siempre bien arreglada y vestida, fue de quien se enamoró Nando en 1935. Después de dos años de noviazgo, Teresa y Nando decidieron casarse. Nando se mudó a Munro y un año después, en 1938, el mismo año en que la primera fábrica de productos químicos Atanor abrió sus puertas, tuvieron a Nancy, su única hija.

Muy rápidamente, Nando entró a trabajar en la fábrica, en la que se jubiló en 1955. La sensibilidad artística del corpulento italiano no fue incompatible con sus obligaciones laborales. De hecho, se prometió que su hija sería lo que él no había podido ser:

artista. Cuando Nancy cumplió ocho años le compró un piano y la mandó a estudiar violín y danza. Cuando las finanzas lo permitían, llevaba a su hija a ver ópera y ballet, aprovechando las funciones al aire libre que daba el Ballet Estable del Teatro Colón y que las entradas al coliseo costaban solamente dos pesos para los sindicalistas durante el gobierno de Juan Domingo Perón, quien fue muy criticado por intentar popularizar el acceso al Colón. Los padres de Nancy hacían cola desde las cuatro de la mañana para conseguir las entradas. “Estudiar danza era una cosa de lujo, y nosotros éramos pobres. Mi marido compró el piano a mi hija, trabajando, arreglando cosas”, afirma Teresa. Con una hija a quien educar, Teresa no dejó de trabajar y, además, en sus ratos libres ayudó a su marido a construir la casa en el pequeño terreno que habían comprado en Munro, cerca de la estación de ferrocarril. “Cada vez que lograba vender algo de la costura, yo iba a comprar materiales para seguir trabajando en la casa”, se enorgullece Teresa. Ella le alcanzaba los ladrillos y el pastón, y Nando, subido a los andamios, levantaba las paredes y cantaba ópera a todo pulmón. Para Teresa, Nando era un obrero con sensibilidad de artista: “Vos lo tenías que sentir al abuelo tocando la canzonetta italiana en el piano”, recuerda, emocionada. En los clubes, Nando bailaba con su hija, que giraba entre sus brazos con los vestidos que le hacía su madre.

Cuando cumplió ocho años, Nando comenzó a buscarle un profesor de danza clásica. Enrique Lommi le recomendó a Michel Borovsky, que había emigrado de Polonia. Por aquella época, Buenos Aires estaba repleta de bailarines y maestros europeos, sobre todo eslavos, que habían venido con las grandes compañías europeas —en una época en que Argentina todavía era identificada como “el granero del mundo” y valorada como un prestigioso destino cultural— y habían elegido quedarse o encontrar refugio allí después de la Segunda Guerra Mundial. Esos profesores enseñaban con un nivel académico similar al de las plazas de danza más importantes del mundo. Los argentinos que disponían de un buen estatus económico eran entusiastas espectadores de ópera y ballet. El actual edificio del Teatro Colón, inaugurado en 1908, recibió a las compañías más importantes de

danza: en 1910 y 1917, los legendarios Vaslav Nijinsky, Ana Pavlova y Tamara Karsavina tuvieron tanto éxito y el público se mostró tan ávido de representaciones que ese interés derivó en la creación de un cuerpo de baile propio en el seno del Colón en 1925.

Borovsky, advirtiéndole que Nancy tenía condiciones, la alentó a que ingresara en la Escuela de Ópera del Teatro Colón, luego bautizada Instituto Superior de Arte.* Pero tanto Nando como Teresa prefirieron “ir a lo seguro”¹⁰ y que fuera profesora. Por eso, la anotaron en la Escuela Nacional de Danzas, que formaba a docentes y otorgaba un diploma nacional. La Escuela de Ópera del Teatro Colón, en cambio, formaba a bailarines profesionales, dependía de la Municipalidad de Buenos Aires y el título que expedía sólo era reconocido en el distrito capitalino.

Así, la vida de Teresa se convirtió en un incesante ir y venir entre Munro y el centro porteño después de coser todo el día para poder pagar los viajes. Estaba lejos de imaginarse que la rutina del desplazamiento al centro perduraría durante cuarenta años más, con pocas interrupciones.

En la escuela, las profesoras de Nancy habían sido o eran bailarinas del Teatro Colón: Dora del Grande, Lida Martinolli, Ida Mastrasi. También, a partir de 1955, tomó clases con la maestra de origen checoslovaco Gloria Kazda en el Club de Gimnasia y Esgrima. Treinta años después de que Nancy había empezado a estudiar con ella, Kazda desempeñó un papel decisivo en la carrera de Julio Bocca.

Nancy se recibió de maestra de folclore en 1956 y de danza clásica en 1957. A fines de ese año, Nando inició la construcción de un salón de danza en el patio trasero de la casa de Munro. En 1958, su hija abrió las puertas del estudio, donde empezó a dictar clases de danza. El Teatro El Globo, en el centro de Buenos Aires, fue el escenario de los festivales de fin de año de su academia y lo siguió siendo más de cuarenta años después. Hasta los 66 años, esta mujer enérgica, independiente, moderna, de

* Hoy se enseña allí canto, danza, dirección de orquesta, *régie* y otras actividades para la puesta en escena.

10. Canal (á), 23 de septiembre de 2001.

mente abierta y de carácter fuerte, acumuló tres trabajos, uno de ellos el de profesora en su academia de Munro. Ni su madre ni ella jamás renunciaron a su actividad laboral y nunca fueron económicamente dependientes de sus maridos.

Cuatro años antes de abrir su estudio, Nancy se había puesto de novia con José Furon, en el mismo lugar donde sus padres se habían conocido: el Club Vecinal de Munro. Seis años después, en 1960, se casó con José y ese mismo año, en octubre, tuvieron su primer hijo, al que bautizaron Rubén Oscar. El matrimonio se separó en 1964, tras una relación de diez años. Allí fue cuando Nancy se acercó a su vecino, José Fernández.

Si la infancia y la adolescencia de Julio estuvieron marcadas por la ausencia de su padre, también fueron magnetizadas por la influencia del imponente Nando, que desempeñó el papel de padre y abuelo al mismo tiempo. Le enseñó el respeto, la libertad y el tesón. Lo que Nando no pudo lograr con Nancy —que fuera bailarina—, procuró concretarlo con Julio. Su nieto no podía ser otra cosa que primer bailarín del Teatro Colón. Y ésa fue la meta de Julio durante toda su niñez, porque cumplir con el mandato del abuelo era un deber. ¿Determinismo familiar del cual el niño no podía escapar? Todo indica que para Julio también ha sido un placer. Su historia familiar se inició a principios del siglo XX en un caserío piamontés, en la humilde casa de un herrero, y siguió, inesperadamente, un recorrido de gloria y de fama internacionales ochenta años más tarde. Pero todo nació como un juego.